

Esperando a los rusos

(Fragmento de novela inédita)

Luis Felipe Rojas

Ediciones incubadora

Dos mexicanos atravesaron Flagler Street con una vaca amarrada a una sogá, iban subiendo Miami hacia el Norte. Los vi en la misma intersección de Le Jeune Road. Los hombres avanzaban impasibles, arreando el animal con esmero y procurando no espantarlo. El más bajo de ellos, con una gorra de los Yankees de New York, permanecía pegado casi a la cabeza del animal, de vez en vez le pasaba la mano. El otro, más alto y flaco, con una camisa ancha de flores y abierta de arriba abajo guiaba el solitario convoy, sogá en mano, como un explorador obstinado en llegar a su destino.

Ivia estaba absorta en su teléfono móvil y yo empujaba la silla de ruedas con dificultad debido a los destrozos causados por la reconstrucción de aquella calle. Desde la salida de la clínica hasta la oficina del abogado debíamos pasar por unos tortuosos seiscientos metros, a todo capricho, bajo el peligro incluso de ser atropellados en aquel bullicio de media mañana. Cuando alcancé el dealer de autos de la Chevy vi el pequeño Café a donde ella me pidió que la llevara y enseguida levantó la cabeza del aparato móvil.

-¿Lo mismo de siempre?- dijo la muchacha del Café cuando nos vio llegar.

Ivia asintió con la cabeza, el rostro iluminado por haber llegado y por el placer de haber sido reconocida como clienta fija.

-Dos tostadas, extra mantequilla, bien tostadas y picadas a lo largo, gracias -gritó Virginia al lunchero en una voz de mando que tronó por el boquete de la cocina para adentro.

La muchacha del Café sonrió para nosotros y preguntó si preferíamos los cafés con leche bien oscuros. Respondimos que sí, hambrientos y ansiosos y enseguida tomé uno de los conos de papel que estaban ensartados -uno encima del otro- para beber del agua fría del bidón de plástico que anunciaba uno de los whiskey más famosos del momento.

Al mirar otra vez hacia la calle aparecieron los dos hombres del animal, estaban ya cerca. El más flaco se adelantó y amarró la vaca en un poste pequeño que dividía la cafetería del negocio en el patio trasero. La ubicó entre un Mustang viejo color verde y el mismo contén de la calle. Se arrimaron al mostrador y le hicieron señas a la sirvienta. Abel y el Ronco, dijo la sirvienta y lanzó una voz que era una orden de platos e indicaciones de cómo hacerlos para que estuvieran listos en un santiamén.

Trajeron nuestros encargos. Las tostadas rebosaban en mantequilla y el soplete de calentar la leche ahogó el resto de la conversación mientras algunos curiosos que vinieron a ver la vaca de cerca tomaron algunas papeletas de lotería para perforar. Un anciano, con la camisa totalmente abierta y una camiseta de Pelé en la pechera se puso a preguntarles a los mexicanos sobre el animal y a hablarles sobre la raza y el tamaño y las manchas en el lomo.

Que la traían desde el Downtown casi. La llevaban a un veterinario porque ya tenía tres días sin comer, dijo Abel.

Antes que Ivía me pidiera marcharnos, con su monocorde súplica de “Empuja la silla, Terry”, los ganaderos furtivos ya entablaban conversación con los curiosos.

-La vaca es de mi madre, dijo el Ronco. La hemos criado en el patio, y ella se ha encariñado con el animalito. Veremos si el pinche brujo la puede curar-, rugió el mexicano alto y flaco, mientras se tocaba la pistola clavada en la ingle.

Hacía varios meses que los hijos del viejo se habían ido a Moscú a tratar de salvar la franquicia de McDonald's que estaba cayendo en manos de bandidos con rango de empresarios. Los muchachos me contrataron para cuidar a Marcelo, yo no tenía dinero ni para pagar la renta de la moto para moverme por la ciudad. Entonces acepté 1500 dólares mensuales, vivir en una casa espaciosa y cómoda en un barrio de lujo y comida abundante por tres meses. A Marcelo le habían diagnosticado cáncer de páncreas y un promedio de vida de tres meses, el tiempo justo en que sus hijos volverían para hacerse cargo de funerales y demás arreglos. El tiempo justo para yo descansar y largarme a encontrar trabajo más al norte, donde se paga un poco mejor. Pero a una mujer se le enredan los caminos con la facilidad de un gesto. Alguna pieza de Dios se pierde en este rompecabezas que es el mundo y lo trastoca todo. Siempre me pasa que cuando estoy disfrutando de la felicidad o de la tranquilidad, viene el mazazo de Dios y lo trastoca todo. Marcelo empezó a desvariar, a mencionar a gente no existía más allá de su propia mente, a llamar a fantasmas que empezaron a poblar la quinta bien adornada, pero estrujada entonces por aquellos gritos. Algunos de los nombres los busqué y aparecieron en el álbum de fotos, en recibos de envío de dinero; otros simplemente se los estaba inventando o los estaba rescatando de su arrugada memoria de setenta años. Me cansé de escribirle a Freddo y Richie, nunca contestaron. Pagaban la deuda de la casa puntualmente junto al seguro por los dos autos y el yate anclado en la dársena del barrio. Pagaban factura de la corriente, agua y por primera vez vino la brigada de inmigrantes a cortar el césped porque su agencia ya los había enviado. Mis cheques llegaron precisamente entre el tres y el cinco de cada mes, pero los chicos no respondían. Ni rastro de

ellos ni su gestión por salvar aquel negocio del que le hablaron al viejo. Un día llevé al hombre a la consulta. El médico me pidió que contactara a su familia de manera urgente, el tratamiento que le iban a iniciar aumentaba el pago de tarifas mensuales en el seguro de salud. Marcelo tenía Alzheimer y eso requería un gasto mayor en medicamentos. Regresé a casa después de llevarlo a tomar helados en la entrada del barrio, me senté a la computadora y les escribí pidiendo los trescientos dólares en la revitalización de la póliza, me extendí en los detalles de la enfermedad y la gravedad de la situación. Les sugerí que volvieran y se hicieran cargo de los gritos y el mal carácter del viejo, y por supuesto, que buscaran otra persona para cuidarlo. No me respondió nadie desde Rusia. Recibí a los pocos días una llamada del centro médico que agradecía la renovación del seguro de salud y una dirección a donde debería empezar a llevar a Marcelo los martes temprano en la mañana para el tratamiento del Alzheimer. Consistía en unos entretenidos ejercicios físicos junto a personas de su edad, conversaciones con especialistas que parecían un paciente más y unas rondas de juegos y conversaciones que dilataban bastante la mañana. Esto se sumaba a mi viaje de jueves y viernes para sus dolores. Me indicaron la farmacia donde me venderían los medicamentos y una charla con un especialista que me llevaría por cada paso a seguir en la enfermedad de “El Abuelo”, como lo llamaban cada vez que nos veían llegar. No le presté mucha atención a los detalles, los hijos deberían volver pronto y hacerse cargo. Yo me saldría en bus hacia Jacksonville, donde vivía mi hermana Martha y desaparecería por fin de este lugar, de esta humedad y de esta historia de penitencia junto a una persona que se iba deteriorando y borraba a golpe de improperios y torpezas el poco cariño que le había tomado en unas semanas de cuidados. Los hijos siguen siendo chicos malos cuando crecen, solo que a veces muestran esa maldad y a veces no pienso. Marcelo no se orina aun, no llama ni a Freddo ni a Richie, simplemente no los recuerda. Llama a otras voces que parece que lo acompañan durante el día y le piden y le ofrecen algo mejor que la comodidad en que lo tienen estos dos. En las

mañanas en que está de lujo me pide que le ponga música, elige los discos, observa detenidamente las portadas, ríe, pregunta por esos rostros, esas caricaturas o los traviesos garabatos que cruzan las carátulas. Primero le daba detalles exactos, después me cansé y empecé a fantasear y le dije cualquier cosa y vi que se interesaba más que por los propios datos que aparecían allí. Le inventé músicos y músicas y géneros y conciertos y hasta ahora siempre me pide que le cuente más historias de estas. La casa está llena de luz, está abierta a esta cantidad de árboles que nos cuidan, así la dispuso él cuando la compró. Llueve hace tres días y me he puesto a limpiar la colección de discos, a entresacar papeles de ahí de donde están las placas. Releo nombres: hay recibos de envío de dinero a Venezuela, Colombia y Cuba. Leo los nombres de Javier, Adriana y Santos por todos lados. Encuentro fotos sin membrete ni escritos por detrás e imagino cruzando nombres y rostros y países. Vuelvo al álbum de fotos y veo a Freddo y Richie montando bici cuando chicos, en una fiesta en un patio grande que no es este. Veo a Marcelo y a una mujer de la que no puedo encontrar nombre ni geografía, y parece una mujer de cualquier país y cualquier edad, un ser tan común que puede ser una esposa, una hermana o una sirvienta como yo. Los chicos se borran siempre de ese inventario. Como se han borrado hace semanas en una supuesta calle de Moscú, en un supuesto viaje de negocios del que solo yo tengo noticias por los cheques que me llegan con mi pago, con este alumbión tan extraño que me ha llegado hoy con doscientos dólares demás por el trabajo que hago ahora. No debía recibir noticias hoy pero salí al buzón, a revisar si ya estaba la revista de deportes que puntualmente llega para Marcelo. Doscientos dólares con los que no contaba, espero que no sea una señal para extenderme una semana más estar aquí porque no lo voy a aceptar. El portazo viene de todas formas, y que se encargue otro del señor Marcelo. A él le gusta que vaya despacio por Miami. Quiere ver los árboles y la gente; los negocios nuevos tienen otras formas de anuncio y aunque están escritos en el inglés que domina a la perfección me pide que le explique de qué se trata: una venta de

baldosas exteriores, un puesto de cerrajería moderna, tuberías de cerámica, clínica del cuerpo (unisex) para arreglar curvas, apartar grasa y recoger la piel que ya estorba. Un nuevo cine-teatro, una sala de juego de máquinas a lo largo de la calle más conocida. Manejo despacio mientras los choferes detrás nuestro accionan sus claxon o aburridos de la lenta marcha que llevamos, adelantan como aviones por carretera. Regreso a casa a dejar a Marcelo y debo volver a otra clínica a recoger copia y firmar la nueva póliza por la mala memoria, por el Alzheimer que ha tocado a la puerta. Intenté leer sobre la dolencia, pero me aburrí de términos científicos, un lenguaje que me queda ancho para explicar que la memoria es una delgada capa de papel, que se estropea con facilidad, nada más. Se humedece, o se estruja o pierde fibras y se pone amarillenta, es eso. Entonces los recuerdos van pasando como en una película dropada por el moho. Primero aparecen rostros que no tienen nombres, luego un cintillo lumínico empieza a ofrecerte nombres a una velocidad permisible, pero nos los puedes engarzar con ninguna de las pocas historias y pasajes que puedes almacenar en tu mente a estas alturas de la dolencia. Un día te mareas con la velocidad a la que pasan por el cintillo de luces los nombres de la gente que conociste o las ciudades que te dieron abrigo. Solo puedes captar sílabas, ramalazos de luz y tomas dos letras de un nombre, dos más de un pueblo perdido de tu juventud y terminas por componer un idioma incomprensible para casi todo el mundo. Es la explicación de Marcelo. Me convence más que la de la geriatra que está terminando de cerrar el caso, documentando la última consulta del mes y ofreciendo algunos consejos para llevar este baúl con agujeros. Me quedo con la explicación del viejo, que asombrosamente no está preocupado por su memoria sino con el perro adolorido que tiene en el estómago en forma de cáncer de páncreas. Poco puede hacer por las nominaciones perdidas cuando ese corrientazo aparece en la mañana y lo despierta. A veces me llama por Niña, en otras ocasiones acciona el timbre al lado de la tumbona y cuando amanece con más fuerzas lo descubro saliendo del cuarto de aseo, pulcro y activado para luchar contra el dolor todo el día.

Me mira, me hace la señal con una mano. Habla poco, casi nada, va y directamente se sienta a la mesa, de cara a la piscina, a ver los pájaros comer. Le traigo un cuaderno con papel blanco para que garabatee mujeres, pájaros o piedras delante del mar. Saborea cada objeto con una precisión milimétrica. Desecha algunas piezas, bebe despacio té o leche, mira las aves que vienen cerca de la alberca y vuelve los ojos al cielo, como esperando el otro latigazo en la barriga. A veces no llega el castigo y se duerme un rato. Estoy a su lado y le rozo despacio un brazo para aliviarlo, sentimos nuestras respiraciones y a veces creo que yo me alivio primero que él cuando lo veo intentar una sonrisa. Cierra los ojos y los abre con una pausa que parecen tener música, se tumba hacia atrás y pierdo su contacto, pero lo noto aliviado y lo dejo irse hasta donde pueda volar un rato. La cocina es un remanso donde puedo hallar olores que me hacen olvidar el dolor de Marcelo. Huelo el café o las cazuelas con vegetales a medio cocer, rebano una cebolla y pierdo todo vestigio de mi contacto con el antebrazo del hombre herido por la falta de memoria y las punzadas en su vientre.

Lo que pasó ese día me viene como un fogonazo. Estoy preparando unas lentejas y siento el timbre, me acerco al viejo y me pide un té de manzanilla, que le refresca bastante. Lo sirvo en una de las tazas pequeñas y floreadas, enciendo la televisión, pasan unos hombres cargando unos esquís. Van camino a una montaña, la presentadora asegura que es una de las pruebas más duras del año en el invierno europeo, los hombres saludan a cámara y uno de ellos se parece bastante a Richie, el viejo lo sabe, se da cuenta y me mira, nos quedamos atentos a la subida despaciosa que hace el grupo. El que se parece a Richie se queda detrás y gira el rostro hacia cámara para decir adiós.

Fue todo.

Apagué el aparato, el viejo no dijo nada. Yo tampoco. Bebió en silencio, sorbo a sorbo entre mis miradas hacia él y a la ventana rodeada de hojas caídas de los árboles allá fuera. Nos quedamos así un rato hasta que sonó el teléfono y fui a atender. Era una operadora automática de telemarketing. Regresé a la mesita frente a Marcelo hasta que apuró toda la bebida, hasta el final.

-¿Y los rusos, cuando vienen? -me disparó a bocajarro.